

Pulsión

RAMÓN LOZANO



Copyright © 2025 Ramón Lozano
Todos los derechos reservados.

Para mis incondicionales.

Y para Eva, para cuando tenga edad para leer esto.

«But it did happen»

(*Magnolia*, Paul Thomas Anderson, 1999)

«Everything in the world is about sex except sex. Sex is about
power»

(Oscar Wilde)

«El sexo sin humillación no funciona»

(*Petra*, Jaime Rosales, 2018)

«Una película que no habla de sexo es una película inútil»

(Claire Denis)

No todos los días huelen igual. Lo pensó nada más bajar del coche y sigue creyéndolo ahora. Acostumbrado a la ciudad, a su contaminación, al rugido de los motores en las avenidas principales, esto es algo así como un oasis donde sacudirse el estrés de la oficina. Y un rato para él, para disfrutar de Bobby y sus correteos. No sabe cuál de los dos es el más feliz con estas escapadas al campo.

Su mujer se quejó cuando le vio coger las llaves del todoterreno.

—¿Ya te largas?

—Voy a sacar a Bobby y a coger unas setas para comer —se excusó.

De momento, la cesta está vacía. Por la zona no quedan boletus que no se hayan llevado las cuadrillas de rumanos que destrozan el monte. Se conformará con lo que pille: setas de cardo, nísalos o rebozuelos. Las demás no sabe distinguirlas.

Se detiene a escuchar el canturreo de los pájaros. Bobby está concentrado en el musgo de una roca. En veinte minutos no se han cruzado con nadie, lo que garantiza una recolección en la que no tendrá que competir por los pocos hongos que queden.

Y el monte huele un poco a humedad y mucho a aire puro. Ya quisiera esa fragancia para ambientar el coche, la casa, el apartamento de la playa.

Le gustan los contrastes que ofrecen la hierba verde, las rocas blanquecinas y las hojas de los árboles. Una completa gama de colores que remiten a la naturaleza. Saca el móvil del bolsillo del pantalón para retratar ese espectáculo y cambiar la imagen que

tiene de fondo de pantalla. Realiza una fotografía vertical; otra horizontal apoyando la rodilla sobre una piedra, para retrasar el uso de la lavadora; en la última recurre a la función panorámica, a ver qué tal queda.

Cuando decide que no necesita más instantáneas, Bobby no está a su alrededor. Intuye que habrá avanzado hacia el otro lado de la loma. No hay muchas más opciones.

Enfila el camino hacia la cima, con la esperanza de que haya alguna seta en la otra vertiente. Por si acaso, no aparta la mirada del suelo, mientras silba, por si a su pastor alemán le da por hacerle caso y regresar a su lado.

Oye algo. Pero no ve a Bobby. Silba más fuerte. Un par de veces.

—¡Bobby! ¡Bobby! —grita.

El perro sigue sin aparecer. Y ha vuelto a escuchar el mismo ruido. Apenas un chasquido o un crujido. Observa a su alrededor: desde luego no hay nadie por ahí. Puede que Bobby sea el causante de esos ruidos. Está a solo unas zancadas de coronar la loma. Enseguida saldrá de dudas.

Pero un estruendo, nada que ver con los crujidos anteriores, le hace detenerse en seco. Ha sonado como un petardo. O un disparo.

Otra vez el estruendo. Dos petardos. O dos tiros.

El instinto le obliga a hundir un poco la cabeza entre los hombros y doblar las rodillas, mientras repasa mentalmente si ha visto algún cartel y si en él ponía que se tratara de algún coto de caza. Tiene que darse prisa, no vayan a confundir a Bobby con un jabalí o cualquier otro animal y un tirador de gatillo fácil se equivoque de objetivo.

Corre, llama a voces a su perro, cree oler un nuevo matiz en el viento.

Cuando corona la cuesta, ve a Bobby a unos cien metros, inmóvil, tendido en el suelo. Está solo, en una zona despejada de árboles, junto a un sendero. A los lados se extienden sendos bosques de pinos. No aprecia ningún movimiento. Tampoco de Bobby.

El corazón se le acelera. La boca, pastosa. Las pisadas, lentas, pesadas. La mirada, nerviosa. Y es entonces, cuando está tan cerca de su perro que tiene la certeza de que lo han abatido, cuando otra ráfaga de viento le revela a qué huele ahora: a pólvora.

—¡Hijo de puta, que es un perro! —grita con rabia con la esperanza de que el cobarde que ha cometido esa atrocidad salga de su escondite en el bosque y asuma su imprudencia.

Pero no ocurre nada. Bobby no respira, solo se desangra. Piensa

con qué puede taparlo para que no se enfríe. Los ojos se le empañan y se esfuerza por contenerse. En el bosque no ve más vida que la de los pinos. Y solo escucha su respiración desacompasada, sus jadeos. Se toma un par de minutos sin despegar las manos del lomo de Bobby. Tendrá que llevarlo en sus brazos hasta el coche o bien acercar aquí el todoterreno.

Vuelve a sentir el picor de la pólvora en la nariz. Es el aroma que acompaña a una sombra que emerge de entre los árboles. No sabe cómo ha podido no verlo antes, cómo ha logrado ocultarse. Pero no tiene dudas de que es el culpable de ese crimen. Trata de incorporarse al ver que el tipo se le aproxima sin vacilar, con un rifle que le apunta al pecho.

Viste con ropas oscuras, en tonos marrones y verdes, como si estuviera de caza. Aunque va solo, no aparta la mirada de él y no habla. Su cara no muestra ninguna emoción. De repente siente frío y la sensación de que el mundo les ha abandonado en aquel lugar. Hasta el tiempo se detiene. Y el viento. Ya no huele a pólvora. No huele a nada. Y su cesta sigue vacía.

RAFA

Un actor ejerce de narrador y su voz inunda el cine. No para de decir tonterías. Que si la vida, que si dios, que si esto y aquello. Rafa se retuerce en la butaca. Cada día las hacen más pequeñas, ya ni le entran las piernas. Si soporta el suplicio de la película puede que se despelleje las rodillas contra el respaldo del asiento delantero. Si por lo menos los forraran...

Solo acude a sesiones con entradas sin numerar. Es la manera de evitar sentarse al lado de un viejo apestoso, de una maruja parlanchina o de un adolescente que mete de extranjis una hamburguesa recién comprada en el centro comercial. Y así tiene espacio para depositar el abrigo, a la izquierda, y la bebida de su combo, a la derecha. Las palomitas las sostiene entre las piernas, en una posición perfeccionada durante años. Si quisiera, con un impulso desde los tobillos, podría jugar a encestar el maíz en su boca. Pero no lo hace. Sabe que debe comportarse. Tampoco sorbe ruidosamente su refresco. Debe comportarse. El psicólogo se lo repitió durante cinco años, machaconamente. Compórtate, le decía.

Compórtate, le soltaba su padre.

Compórtate, le requería su madre.

Compórtate, coño, le gritaban sus hermanos.

Hacía lo que podía.

No le gusta lo que ve. Empieza a aburrirse y sabe lo que sucede cuando su mente no encuentra con qué entretenerse. Además, todos los planos parecen grabados por un borracho. Tampoco ayuda la molestia que lleva notando desde hace unos minutos en el ojo derecho. La maldita lentilla se la está jugando. Sin ellas no es persona, no vale para nada. Desde que dejó el instituto nadie ha

podido verle con gafas. Y mejor. Porque están pasadas de moda. Unos finos alambres para cristales ovalados. Con suerte, si el material es bueno y aguanta, en unos años serán lo más 'in' y podrá pasearlas tranquilamente. Aunque sabe que no lo hará. Tiene la teoría de que las tías no se fijan en los tipos cuatro-ojos. No es mera pose, ni un pensamiento superficial, qué va. Es un método deductivo a partir de la experiencia. De adolescente no se comía un rosco y, ahora, pasados los treinta, puede presumir de pillar cuando se empeña. Antes lucía gafas las 24 horas y ahora lleva lentillas. ¿Qué más pruebas necesita? Mejor no cambiar lo que funciona. Una máxima que cualquier día se la venderá a una empresa en quiebra, pero será más que un consejo, será un toque de atención, una forma de reírse en la cara de alguien, de recordarle lo mal que lo ha hecho. Además de hundir el negocio tienes que aguantar que te den moralinas. ¿Jode? Sí. Pues haberlo hecho bien, mendrugo.

Ya no sabe de qué va la película, pero tiene la impresión de que no ha sucedido nada relevante. Sigue la misma voz con su matraca y el director con su cámara ebria.

A quien sí que le está gustando es a la chica que tiene delante. O no. No logra distinguir lo que cuenta a sus amigas. Sin duda es algo divertido. Ella es la que más ríe, pero las otras dos también se tronchan en voz baja. Cómo le fastidia esa gente, la que paga por ver una película en el cine cuando bien podría descargársela dentro de unos días y pasar la resaca en el sofá de casa con algo con lo que hipnotizar la mirada. Quizás la tipa no se da cuenta de que no está sola en la sala. Que hay, echa una mirada, por lo menos treinta personas. Que ya son unas cuantas, como una clase del colegio. Y que todos han pagado religiosamente la entrada, con su recargo de IVA del que no paran de quejarse los actores. Así que ahí están, ayudando al cine patrio, aguantando un bodrio de película de un director estadounidense que se merece un sopapo que espante sus delirios de grandeza, y una tía, arreglada como para salir de fiesta, pelo rubio rizado que sobrepasa los límites de su butaca, voz aguda que se distribuye en todas direcciones, está arruinando el karma del personal. Y además tose. Ha empezado hace un rato y eso le hace más gracia. Tose y se ríe. Tose otra vez y se ríen todas. De lo más gracioso.

Alguien debería hacer algo.

No ve ningún acomodador, esa figura que solo agradeces cuando llegas después de los tráileres y prefieres que sea otro el que encienda la linterna para encontrar tu asiento.

Alguien tendrá que hacer algo.

Mira hacia el proyector, por si atisba alguna cabeza. A veces los

ha visto ahí, agazapados, siguiendo la película. Seguro que pensando en introducir fotogramas como los de Tyler Durden, de porno, para incomodar a los espectadores. Qué buena es la peli. Esa. La de 'El club de la lucha'. Y qué maravilla la novela. Muy inspiradores.

Visto que nadie hace nada, tendrá que ser él quien vengue al resto de sus compañeros. Sufridores todos. Los observa atentamente aprovechando la claridad que transmite la pantalla e identifica una pareja que mira inquisitivamente a las tres chicas de risa floja, incluida la tosedora mayor del reino. Más allá, un tipo solitario parece gruñir sin emitir sonidos y gesticula apuntando a ellas. No hay duda. Alguien ha de sacrificarse por el grupo.

Coge el vaso de cartón y lo agita para saber cuánto le queda. Vaya por dios. Solo los hielos. Le dan ganas de sorber con fuerza con la pajita, pero eso solo iría en su contra. Molestaría a todo el cine y no conseguiría ningún reconocimiento.

Baja la vista hacia sus palomitas. Aún le falta por comer la mitad. Eso es más de un euro y medio, calcula. La tía sigue tosiendo. Una tos seca que está claro que le nubla el raciocinio y no le hace ver que lo más sensato sería coger la puerta y meterse un lingotazo de agua del grifo. O buscar la primera farmacia y hacerse con un jarabe. Cualquier cosa menos fastidiar a los inocentes que tienen que soportar su mala educación. Y los gérmenes que estará esparciendo, por descontado.

Pues eso, que alguien debe tomar la iniciativa y Rafael Calasanz siente que él es el más apropiado.

Agarra el abrigo, se levanta como un resorte, alcanza el pasillo, indiferente a las quejas del resto de espectadores, y se planta al lado del trío tusígeno-risitas.

—¡Ya está bien, zorras! —grita mientras vacía el cartón de las palomitas sobre la rubia.

Sin esperar a ver su reacción, enfila la salida. Antes de abandonar la oscuridad del cine presta atención un segundo: no, ya no tose.

Hay tantas cosas que no soporta que relatarlas sería embarcarse en una aventura hacia el infinito. Piensa en ellas de camino al baño. Se está meando vivo; todo por culpa de la bebida. Quién le mandará. Sabe que es una mala combinación: refresco y cine. Si la película se alarga, corre el riesgo de tener que descargar en el éxtasis final. Y eso sí que no. Antes rellena el vaso con orina que se pierde lo más importante. Ya lo hizo una vez y no fue para tanto. Además, cree que nadie se enteró. Lo más complicado fue retorcerse hacia un lado y mear sin hacer ruido. Pero lo logró.

También tiene una explicación para perseverar en la compra de un refresco cuando ve una película: ¿y si se le queda una palomita atravesada en la garganta? Ya le ocurrió un par de veces de pequeño y se prometió que debería solucionarlo. ¿Y si además estuviera en plena cita romántica? Nada de hacer el ridículo, aunque tampoco le gustaban las convenciones del tipo conoces a una chica y quieres volver a verla y entonces quedas con ella y como no sabes cómo decirle todo lo que le quieres hacer pues la invitas al cine y que ella escoja la película moñas que le dé la gana porque a ti solo te interesa liarte con ella cuando pase la primera escena. Pero era algo efectivo cuando no había vivido lo suficiente, lo reconoce.

Encuentra el baño. No hay nadie. A esa hora todos están en el cine. Mejor, porque tampoco le gusta escuchar la meada de otros. No siempre se le corta, pero a veces ocurre, y del embarazo puede reaccionar mal, y no es plan. Así que mucho mejor estar solo. Además puede elegir retrete. Hay cinco adosados a la pared, que no le parecen muy pulcros, y tres escondidos tras sus respectivas puertas. Escoge el más lejano y no tiene mala pinta, es decir, podía estar peor. Podían haber cagado y largarse a toda prisa sin mirar qué queda atrás porque el final de la película está al caer. Y después de haber pagado tanto como por una hamburguesa... Rafa lo entendería. Él no juzga, solo actúa. Por eso lo de verter un centenar de palomitas sobre la rubia de rizos. Que, por otra parte, le recuerda a una saltadora de pértiga de la que se enamoró hace unos días cuando le dio por ver un campeonato de atletismo que emitían en un canal deportivo. La misma boquita de piñón. Labios pequeños, apenas perfilados, barbilla puntiaguda, pero todo bastante armonioso con el conjunto. Lo piensa y se da cuenta de que algo empieza a crecer en su mano. Solo ve una solución: follar.

Eso le fastidia. Las reglas de la sociedad. Del mundo. Del sexo. Parece que hay que amoldarse a los modelos socialmente aceptados para lograr algo. Aunque solo sea lo más primitivo: un polvo. Ni siquiera uno bueno, sino uno que te deje pensar con la cabeza durante los siguientes días. No como esos trogloditas que frenan al entrar en las rotondas. Si tuviera el coche a todo riesgo los embestiría por detrás con el pie clavado en el acelerador. Y más si condujera un todoterreno. Uno grande, enorme, de esos que sabes que te pasan por encima y todo se reduce a un pisotón a una hormiga. La cuestión es ser el que pisa.

Pero hay muchas más cosas que le sacan de sus casillas. Los que estorban en los pasillos de los supermercados, que se quedan en medio como si tuvieran vista cansada y no fueran capaces de

enfocar o, peor aún, que manejan su carro como si se tratara de un autobús articulado. Y ¿los dueños que recogen la caca de sus perros? Patéticos. O los que salen de su portal sin mirar quién va por la acera. Y ¡pum!, ¡jay!, susto. Y peor si vas en bici, y no hay margen para frenar. Pero más triste son las bicicletas de paseo: que levante la mano el niño que prefiere una de estas a una BMX en condiciones. Rafa lo tiene claro. Cómo le hubiera gustado jugar al Karmageddon. Puntos extra por atropellar ancianas. Un videojuego revolucionario que los carcas se tomaron mal. Pero ahora estamos con las pensiones como estamos, reflexiona mientras agita el pene hasta asegurarse de que ninguna gota manchará sus calzoncillos.

Hay muchas cosas cotidianas que le ponen de mala leche: los *fast food* que ofrecen productos saludables, los camiones de cerdos que contaminan el aire, las limpiadoras de portales que arrojan cubos de agua a las alcantarillas, las baldosas rotas que cuando llueve acumulan lagos que te ponen perdido, los flipados mamarrachos que en septiembre lucen en su muñeca todas las pulseras de los festivales a los que han asistido en verano, los viejos que escupen haciendo ruido. Aunque escupir está bien. Es el sonido de hacer acopio de moco el que le molesta.

También hay cosas que le gustan, sobre todo, países. Como Portugal, porque si hay un pescado que aprecia ese es el bacalao. Y además todo es más barato que en España. Si viviera en la frontera la cruzaría todos los días para pagar menos por lo mismo. Se convertiría en una especie de bandolero del siglo XXI. De hecho, buscaría rutas que le llevaran campo a través, nada de enfilear la carretera y dejarse sorprender por los picoletos. Asimismo, Italia merece una oportunidad. Un paraíso para los amantes de la pizza. Un lugar donde no hay que pedir perdón por manejarse entre margaritas, calzones, cuatro quesos y sicilianas todos los días.

Andorra tampoco está mal, reflexiona. Para esquiar y ahorrarse unos impuestos. Francia le gusta menos. Como mucho salvaría a Napoleón, que puso Europa a sus pies, y el cuadro en el que aparece montado a caballo cruzando los Alpes. Esté donde esté esa pintura, merece una atención especial. Y la calle del Moulin Rouge. Esa sí la nominaría a Patrimonio de la Humanidad. Con sus luces y sus escaparates, pero sellaría la tramposa estación de metro de Abbesses, cree recordar, un infierno de escaleras. Y el maldito caos de sus principales plazas. Quién le mandaría alquilar un coche.

Se está cabreando. Mira a su alrededor. Parece como si nadie hubiera meado en toda la tarde. Impoluto. Ni un par de gotas habían salpicado fuera. Se baja de nuevo la bragueta, aprieta la

vejiga y logra emitir un fino e interrumpido chorro pero lo suficientemente caudaloso como para ponerlo todo perdido. El suelo, el váter, la tapa, la escobilla.

Sale cuidando dónde pisar para no delatarse y lamenta no haber tenido la idea con las primeras gotas. Hubiera preferido un tono más amarillo para que el siguiente no tenga dudas de qué ha pasado ahí dentro.

MAGDA

Escoge los números para la Primitiva, los de siempre, 4-6-11-25-27-43, los marca de carrerilla. Ve que también hay bote de Euromillones. Lo echa. Es un automatismo más de los que ha implementado desde «aquello».

Su vida no tiene más aliciente que despertarse, cumplir y aguardar a que llegue la hora de dormir. Ni siquiera le molestan las gotas que le mojan el pelo y la cara. Llueve sin ganas, pero a ella nadie le ha advertido de sacar un paraguas. No acelera el paso, que suceda lo que esté escrito, y si eso implica mojarse un poco, que así sea, ya que, al fin y al cabo, es de esas cosas, lo de sentir la lluvia en el rostro, que le ayudan a ubicarse en la Tierra.

Lleva mucho tiempo observando su vida desde fuera, como si su alma hubiera abandonado su cuerpo y pudiera divisarlo a unos metros de distancia. Con objetividad. Desapasionado.

Detiene la marcha al llegar a la puerta de un edificio de principios del siglo pasado que esconde oficinas, despachos profesionales, alguna vivienda y un par de salas que dependen de los servicios sociales municipales. Acerca la mano al bolso y extrae una cajetilla y un mechero. Saca un cigarrillo y lo enciende. Otro automatismo.

Desde «aquello».

Porque antes no fumaba. Es decir, lo había dejado. Lo había logrado después de un par de recaídas e intentonas en falso. Y justo cuando lo tenía controlado... Fumaba para no pensar. O como mecanismo de defensa, porque le evocaba los mejores momentos junto a su hijo, una época en la que le gustaba el tabaco. Lo asocia a las tardes que pasaba en los columpios con Íñigo. Él, jugando,

saltando, riendo, tirándose boca abajo por el tobogán, llenándose los zapatos de arena, resbalando y aterrizando con las rodillas, llorando por los rasguños de las manos. Y ella, pasando el tiempo en un banco entre pitillos y conversaciones banales con otras madres.

Ya no fuma porque le guste. No lo saborea. Es algo neutro, ni bueno ni malo, que tampoco puede hierla más.

Apaga la colilla contra la pared rugosa y la arroja a unos metros, al suelo, antes de penetrar en el edificio. Sube las escaleras sin prisa. En el descansillo se cruza con un par de personas, anodinas, que no podrá describir dentro de tres minutos, a las que les dedica un saludo impersonal. Sigue por el pasillo, en el que destaca la luz que sale de una habitación con la puerta abierta.

Asoma la cabeza y ya están dentro la mitad, por lo menos. El cartel atornillado junto al marco de la puerta solo indica que es la sala de reuniones B. Pero no anuncia sobre qué versan esos encuentros. Que nadie sepa qué se cuece en esos cuarenta metros cuadrados. Un espacio reservado para quienes lo necesitan. Una suerte de terapia de alcohólicos anónimos destinada a traumatizados, así, en general. Un grupo heterogéneo en que lo mismo Magda escucha el horror de una guerra en Oriente Medio relatado por un soldado como debe soportar el pánico que una joven le tiene a los perros de presa porque una vez le atacaron un par de fieras en una casa de campo y aún no lo ha superado.

Es un lugar en el que llorar, desahogarse, vomitar miedos e injusticias. Un sitio donde nadie es más ni mejor que nadie, donde la profesión no importa si no es crucial para comprender el trauma. Nadie sabe a qué se dedica. Supone que ni siquiera llegan a imaginarlo. ¿Qué creerán que es? ¿Maestra, dependienta de una floristería, farmacéutica? Lo mismo le da.

Lleva un tiempo acudiendo, cada martes, a las siete de la tarde. Igual que otras no se saltan sus clases de aeróbic, ella se ve todas las semanas con sus compañeros del grupo de autoayuda. Al fin y al cabo, si sigue regresando, es porque de algo sirve. Lo reconoce, aunque no abiertamente. Tampoco lo comenta con nadie; ¿a quién puede interesarle? No pretende dar pena. Y el grupo le permite sobrellevar la desaparición de su hijo. Cuatro años. Y tres meses. Y ocho días. Y puede afinar hasta las horas y minutos que han pasado desde que acudió a la comisaría a avisar de que no podía contactar con Íñigo. Ni el móvil, ni el email, ni las redes sociales. No había forma de saber si le pasaba algo. A casa no había vuelto. Pensó que estaría con alguien; sucedía de vez en cuando. Pero avisaba, siempre lo hacía.

Desde entonces respira y come, pero no vive. Se deja llevar.

Su marido parece que lo afronta mejor, prejubilado, pasa medio día conectado al ordenador y el otro medio viendo la televisión. También hace cuatro años, tres meses y ocho días que su matrimonio se acabó. Siguen bajo el mismo techo porque no se molestan y por si Íñigo vuelve, si aparece, aunque sabe que pide un, casi, imposible. Pero no quiere resignarse. No del todo. Por él, por su Íñigo. Y las reuniones con otros traumatizados no le perjudican, pero se niega a aceptar que otros lo tienen peor que ella.

Ni el soldado que tuvo que recoger los pedazos de un compañero al que se le vino encima un proyectil de mortero, ni la miedosa de los perros, ni el que conducía borracho y dejó en silla de ruedas a su novia, ni el obrero al que se le enganchó la manga de la chaqueta en una máquina y esta le seccionó el brazo, ni el que se dio a la bebida hasta acabar siendo expulsado de casa para dormir en un cajero.

No admite que todas las tragedias tengan que estar al mismo nivel, porque eso no es así. Como jueza de lo Penal lo ve todos los días. Pero con ellos puede decir lo que piensa y se siente escuchada. Eso ayuda.

Ayuda para seguir respirando.

PEDRO

Qué complicado es encontrar el chocolate que busca. Antaño había un par de marcas, pero estas han diversificado y se les ha unido otras cuantas. Así que no ve la tableta rellena de menta que le apetece. Quiere tres o cuatro que, con suerte, le durarán una semana.

Lo hay relleno de naranja, de fresa, de praliné. Pero no de menta. Ni en las baldas más bajas.

Se incorpora, resopla, mira la interminable estantería, y desiste. Está bien, se llevará unos After Eight. Cuatro cajas. Y bombones: dos estuches de Ferrero Rocher.

Intenta abarcarlo todo con las manos y los brazos, oprimiendo los chocolates contra su pecho, con las rodillas algo dobladas para lograr una mejor estabilidad.

Busca a su mujer y el carro. Y no los ve a la izquierda. Tampoco a la derecha. Se da media vuelta, cada vez más encogido. Una caja comienza a escurrírsele.

—Coño —dice al toparse con su mujer, que tenía el carro estacionado a su espalda—. Avisa, que casi me lo como.

Deja que los bombones resbalen desde sus brazos al interior del carro y agarra la parte delantera con una mano para guiarlo en lo que queda de compra.

—¿Qué falta?

—Huevos, leche, zumo, azúcar... —relata de memoria su mujer, Sofía.

Pedro alza la mirada para encontrar un cartel que le indique qué es lo que tiene más cerca de todo lo que acaba de decirle Sofía.

Tira del carro y circulan hacia los estantes de la leche.

Se cruzan con una joven, de unos veinticinco años, de cara agradable, mona, con buen pecho. Reprime echar un vistazo al culo por respeto a Sofia, pero siente que ella tiene telepatía y conoce sus intenciones. Le mira de una manera muy particular, como solo hace Sofia, con unos ojos inexpresivos repletos de inteligencia.

Lo que seguro que no se imagina es que la chica le ha recordado a otra con la que ha tenido que lidiar por la mañana.

La jefa de gabinete del ministro estaba preocupada por la joven periodista que llevaba unas semanas indagando y dando el coñazo acerca de unos contratos que está claro que no le parecían muy limpios.

—A ver cómo lo manejamos. Nos jugamos mucho -le había dicho la mano derecha del ministro.

—Déjame a mí —pidió Pedro.

—De acuerdo, pero no te pases.

Vaya fama se había granjeado, pensó orgulloso. Si le daban carta blanca ya sabían cómo iban a ir las cosas. La chica, aunque representara a uno de los diarios digitales más leídos del país, no le duraría ni medio asalto. A su manera, por supuesto.

—Dile que vaya a la sala de espera, que ahora iré yo —ordenó a la recepcionista que le llamó para indicarle que una tal Mónica Guruzeta, periodista, preguntaba por él.

Se puso la americana, se ajustó el nudo de la corbata mirándose en un espejo que tenía en su despacho y enfiló el pasillo y luego las escaleras hasta salir a la calle. Cambió de acera y pidió un café con leche. Olvidó deliberadamente decirle al camarero que la leche no estuviera caliente. Cuando se lo sirvió, ardía. Mejor. Mónica Guruzeta debería esperar un poco más.

Media hora después, tras leer dos diarios deportivos y un suplemento dominical, regresó al ministerio. Pasó por delante de la sala de espera, sin detenerse, frenando lo justo para echarle un ojo a la joven. No le disgustó lo que vio. Pobrecilla, no tenía cara de mala persona. Siguió hasta su despacho y preparó la escenografía. De la impresora extrajo un taco de folios escritos por una cara que usa para reciclar y los introdujo en una carpeta. Buscó otra carpetilla de cartón y la marcó con una pegatina blanca sobre la que escribió, bien legible, en mayúsculas, el nombre de la periodista. La rellenó con una decena de hojas y adornó el farol con un clip que atrapaba varios papeles y unos *post it* que sobresalían.

De las dos sillas que quedaban al otro lado de su escritorio, retiró una y la pegó contra la pared. La otra la dispuso enfrente de la suya. Pensó quitar el aire acondicionado, pero temió empezar a sudar y que se le volviera el truco en contra.

Finalmente, fue al baño y descargó la vejiga. Cuando salió, miró su reloj y vio que la chica llevaba esperándole tres cuartos de hora sin que nadie le hubiera ofrecido ninguna disculpa.

Lo haría a su estilo. Ellos, el ministro y su jefa de gabinete, lo sabían y él no pretendía engañar a nadie con sus métodos. A fin de cuentas, ¿de qué trabaja? Asesor del ministro. ¿Asesor de qué? De todo y de nada, de lo que surja y de lo que haga falta, como, por ejemplo, apartar a una periodista entrometida.

—Hola, Mónica —irrumpió en la sala de espera, con la mano tendida, hasta situarse a unos centímetros de la joven.

La periodista se incorporó como pudo. Pedro apretó la mano hasta que intuyó una mueca de disgusto en la cara de la mujer.

—Pase a mi despacho —ordenó.

Con un gesto le indicó que tomara asiento mientras él hacía lo propio al otro lado de la mesa. Pensó en mostrarle desdén repantingándose en su cómoda silla, pero optó por apretar desde el principio. Así que echó el cuerpo hacia delante y clavó los antebrazos en la mesa, con las manos a un par de palmos del pecho de la chica. Discreto, no como la del hipermercado, pero bien puesto, observó con sus rayos X a través del suéter verde que ocultaba sus encantos.

—Guruzeta. Guruzeta... ¿Vasca?

—Eh, no. De aquí —se defendió ella.

—Mejor. —Pasó su mirada por los bloques de papeles que había construido minutos antes y alargó el proceso hasta que ella también les prestó atención. Entonces quiso saber sus intenciones—. Bueno, ¿qué es lo que le trae por estos lares?

—Eh, sí, bueno, imagino que ya se lo han comentado, porque llevo unas semanas intentando que me atiendan...

—Vaya al grano si no quiere esperar otro par de meses. Estamos muy ocupados y no tenemos todo el tiempo del mundo. Al contrario que usted.

—Yo no tengo... —Interrumpió su réplica para ceñirse a su objetivo—. Da igual, la cuestión es que tenemos información que apunta a una adjudicación de contratos fraudulenta.

—¿Cómo «fraudulenta»?

—Sí, un poco de todo. De hecho, un batiburrillo que nos cuesta explicar y es por eso que quería venir antes de publicar nada.

—Bien hecho. La prudencia es buena. Seguro que tus jefes sabrán apreciar lo bien que la becaria hace su trabajo.

—No soy becaria, señor Louk.

—Reconozco que has pronunciado bien mi apellido, la «o» y la «u», no una «u» solo. —Le dedicó media sonrisa fría y prosiguió

—. Quizás no sea becaria, pero tiene toda la pinta, si me permite el atrevimiento. En cualquier caso, aún tiene mucha, toda en realidad, toda la carrera por delante.

Pedro se calló para que el silencio surtiera su efecto.

—¿Adónde quiere llegar? —preguntó ella con cautela.

—¿Ve? Buena chica prudente. Ya estamos hablando el mismo idioma. ¿Qué quería saber de esos contratos?

—Lo cierto es que esperaba alguna explicación de lo que varias fuentes nos cuentan que son adjudicaciones a dedo, amañando los concursos, haciéndolos ex profeso para varias empresas en particular, primando los criterios subjetivos sobre los objetivos, pasando olímpicamente del precio.

—Pues si lo que quiere es una explicación la va a tener. Pero, primero, debe pensar si quiere aprender una lección que no iba en el temario que estudió en la facultad. ¿A qué aspira? No, no me responda. Recapacite tranquilamente. ¿A qué aspira en su profesión? ¿Qué tiene: un contrato parcial, o uno de prácticas, o le han puesto en la categoría que no le corresponde, tal vez ayudante de redacción o algo así? Por su cara veo que no ando desencaminado. Y ¿sabe por qué sé todo esto? —Dirigió sus ojos hacia el falso dossier de Mónica Guruzeta—. Es porque yo sé cómo funciona el mundo.

—Veo que intenta amedrentarme.

—Válgame Dios, qué va. Jamás —entonó para brindarle a continuación una sonrisa sardónica—. Solo le quiero hacer entender que está jugando fuera de casa, si me permite el símil futbolístico. Ahora las chicas sabéis de fútbol, ¿no? —Tras la deliberada licencia, regresó al usted—. Seguro que sabe lo mal que está ahora mismo su profesión. —Se pasó la mano por la barbilla, acariciando una barba inexistente—. Vamos, que si uno sale, ya no vuelve a entrar.

—De acuerdo, creo que lo he entendido todo —dijo tratando de contener su rabia.

Se levantó y extendió el brazo. Él también se incorporó y le dio la mano, esta vez sin apretar, disfrutando de la suavidad de la piel de Mónica.

—¿Seguirá interesada en esos contratos que dice?

—No sé. Es posible.

La periodista le retó con la mirada. Buena fiera sería en unos años, calculó Pedro. Aunque quizás muy lejos del periodismo.

—Es su trabajo. Hablaré de lo profesional que es con Manolo. —Pedro observó que la mención del director del diario digital quebró las últimas defensas de la reportera—. La semana pasada

comí con él. Un tipo bien simpático. Cuando vuelva a compartir mesa con él me acordaré de hablarle de la señorita Guruzeta. Cuídesse.

Sofía repasa la lista de la compra y comprueba que todo esté dentro del carro. Se aproximan a la caja. Pedro sigue tirando del carro y su mujer empujándolo. Se frena en seco al pasar por las cámaras de los congelados, pero ella no está atenta y lo arrolla. Solo un poco. Le atropella un tobillo.

—¡Me cago en la puta!

Pedro se lleva la mano a la pierna y echa una mirada asesina a una mujer de sesenta años que se le queda observando, indignada por su vocabulario. Luego traslada la furia de sus ojos a Sofía, parapetada tras el carro, que le pregunta si está bien, si le ha hecho daño, que ha sido sin querer, que estaba despistada, que no pensaba que fuera a detenerse de repente, que...

—Que te calles, hostia.

Asunto zanjado. Examina el daño recibido: un rasguño, algo de piel levantada, unos puntos colorados, poca cosa que escocerá lo suyo. Se baja el pantalón y deja que repose sobre el mocasín de serraje, que está intacto. Abre con vehemencia la puerta de una de las cámaras y extrae una bolsa de hielos. La lanza sobre el resto de la compra y tira de nuevo del carro hasta la caja. Sofía no empuja, solo posa las manos.

Ella empieza a colocar los cubitos, una lechuga y los yogures en la cinta. Pedro saca un paquete de cervezas y lo posa detrás de los yogures. Ella continúa con las verduras y el pan. Y él, con dos briks de zumo.

—Pero, ¿qué haces? —pregunta a Sofía—. Hazlo con un orden, que luego hay que meterlo en bolsas y lo que más pesa debe ir abajo. ¿O quieres quedarte sin yogures, tomates y plátanos? ¡Para qué querrás el cerebro!

Ella no responde. Construye una sonrisa y sigue extrayendo la compra, empezando por lo más pesado.

La cajera mira a la pareja y deja de pasar los productos por el lector de códigos de barras. Sofía se afana en no cabrear a su marido otra vez. Aprieta la mandíbula, piensa en la inutilidad manifiesta de su mujer y le indica con la cabeza a la trabajadora del hipermercado que qué pasa, que si va a estar toda la tarde sin dar un palo al agua o pretende cumplir con su deber y que así ellos puedan largarse de ese maldito lugar.

Pedro cruza el arco magnético para ir embolsando la compra mientras Sofía espera a que deje de sonar el bip, bip, bip que va elevando la factura. Ve que la cajera se ha colocado de medio lado,

de manera que a él le da la espalda y echa discretas miradas a su mujer. Sofía parece perdida, concentrada en las manos de la mujer que no cesa de pasar productos por la luz roja. Así que no hay contacto visual entre ellas. Y que conste que él lo entendería. No es bobo, joder. Sabe lo que ha hecho, cómo se ha dirigido a Sofía, por decirlo de alguna manera, cómo le ha hablado. Lo que le aguanta esta mujer es increíble. Si él estuviera en su lugar, no cree que lo soportara. Pero Sofía siempre ha sido así: diéssel. Y ahora más, mucho más. En público y en privado. En ese aspecto no puede quejarse de ella, aunque quisiera, puñetas, porque todo sería más fácil.

IVÁN

—La próxima semana estrenan un ciclo de cine subversivo, de películas independientes, con poco presupuesto pero mucho talento, y que además se han convertido en rarezas. Imposibles de descargar de internet.

—¿Dónde?

—En la filmoteca. Como todo lo que mola. Es el lugar más *cool* de la toda ciudad.

—Según qué.

—Para cine. Y no admito discusión sobre eso.

Iván deja la barra porque a unos cinco metros hay un grupo de jóvenes que parece que quieren pedir algo para beber. Es una pena tener que interrumpir la conversación con su amigo porque cuando está con él siente que el mundo se detiene o que él se aparta momentáneamente de la realidad, de manera que crea una suerte de vida paralela en la que solo están ellos. Es una sensación muy especial que no recuerda que le haya pasado antes. Ya era hora, piensa.

Piden combinados de ron con poca originalidad al elegir las marcas. Iván les recomendaría un par de etiquetas que bien merecen un trago, pero les hace caso y sirve las cinco copas sin poner más interés que el que le exige el encargado. Que no tengan queja alguna. Uno de ellos empieza a hablarle. Quiere ligar con él. Uno de tantos. Es lo que tiene estar tras la barra de una discoteca gay: que si se lo propone, puede pillar todas las noches.

Le sigue el rollo a la par que remata las copas exprimiendo cáscaras de limón sobre sus filos y mientras se ponen de acuerdo para pagar. No puede evitar mirar a su amigo, Marco, que parece el

tipo más tranquilo de todo el local, como perdido en sus ensoñaciones.

El chaval insiste. Parece que tiene palique para toda la noche, pero ya conoce a los tíos como él. Si no consiguen lo que buscan en unos minutos, desaparecen para siempre. Y si lo logran, después de hacerlo en el baño, o al día siguiente en el mejor de los casos, también se esfuman de por vida.

No está mal. No es un chico guapo, eso no, pero se ve que va al gimnasio. Buenos bíceps y sin barriga cervecera. Subido de ego, eso sí.

Un cero a la izquierda comparado con Marco. Si no estuviera él, no sabe qué habría hecho, pero es mucho suponer.

Les devuelve el cambio y abandona esa zona para regresar con quien más le interesa.

—¿Qué? ¿Te apuntas a ver alguna de las pelis que te he dicho?

—Es posible. Solo si me ayudas a montar una exposición que me ha salido.

—Ostras, tío, qué guay. No sabía nada —dice Iván, que pone morritos e imita una cara compungida.

—Ya, es que no estaba atado. Pero al final ha salido.

—Me mola. Me apunto.

—Es en la cafetería esa que te conté que está promocionando a jóvenes pintores de la ciudad.

Sabe de qué le habla. Si no había visto diez exposiciones de pintura allí, no había visto ninguna. Y, de vez en cuando, reconoce que muestran cuadros chulos. Lo suyo no es el pincel, de eso no tiene ni idea, pero sabe cuándo una obra encierra arte. El trabajo de Marco merece la pena que sea expuesto. ¿Cuántas veces se lo ha dicho? ¿Mil? ¿Dos mil? Las que sean y las que haga falta. Lo que más le gusta de lo que pinta su amigo es cómo mezcla los colores, cómo explotan en el lienzo, con un desorden que resulta estar milimétricamente calculado. Le va bien y no es casualidad.

Y, encima, es guapo. Jodidamente guapo.

Si no se le acercan en la discoteca es porque ven que está ensimismado, pero él, desde la barra, advierte cómo le miran. Lo devoran.

—Mañana hay un concierto de un grupo *queer* que suena muy bien. Podríamos pasarnos a ver qué tal. Es una banda universitaria. Y es gratis. No tenemos nada que perder.

—Quizás. Depende de la resaca que tenga —responde Marco, que parece que observa a la gente, pero Iván sabe que no, que un artista de su talla tiene su mente en otro lugar.

—La resaca se sobrelleva mejor con compañía.

—Estoy harto de tanta música *queer*.

Iván no esperaba esa respuesta. Capta que no le interesa la compañía. Qué pena. Y resulta que le asquea una música de la que hasta ahora nunca se ha quejado. Qué le va a hacer, la gente cambia.

—También sé de otro conciertillo, de garrulos -improvisa.

—¿No hay nada entre *queer* y garrulos?

Iván se encoge de hombros. A veces Marco es imposible. Si se le mete en la cabeza que no quiere hacer nada, ya puedes ofrecerle el plan más divertido del mundo que él te lo tira por tierra como si le hubieras propuesto ir a bajarse una botella de whisky a los pies de una tumba.

Dos chicas le reclaman. Una lesbiana de libro y otra joven morena que de lo guapa que es cree que incluso le podría llegar a gustar a él.

Piden agua y una cerveza. Y un chupito.

La noche es así de simple, con poco margen para lucirse. El que quiere tomarse un cóctel bien puesto, con el camarero haciendo acrobacias, ya sabe adonde tiene que ir. Los demás se conforman con que el alcohol sepa como esperan.

Busca la botella de la que caerá el líquido que llenará el vaso de chupito, que por mucho que apure siempre da una rentabilidad a la empresa que debería estar prohibida. Aunque ha visto lugares donde te sirven unas patatas bravas, unas malditas patatas bravas, por más de seis euros. Beneficio tendente a infinito. Por unas puñeteras patatas, que es lo que compra él cuando no le sale nada y debe invertir en su alimentación con cabeza. Patatas y arroz. Pasta, también. Con eso puede tirar el tiempo que haga falta. Cuando quiere dar un capricho a su paladar se autoinvita a casa de algún amigo. Es el invitado perfecto. O eso cree.

No ha terminado de servir el chupito y las chicas se están comiendo los mocos. Debe decirles dos veces que ya ha acabado, que por su parte ya está, que pueden llevar los morros al botellín, al chupito o al agua, pero que vayan pagando que aquí no se fía a nadie. Normas de la casa; a él, que lo registren.

Regresa con Marco. Está mirando el móvil, pero tampoco da la sensación de que entienda lo que está leyendo. Así son los artistas. Se fija por si algún día le dan la oportunidad de interpretar un papel de un pintor fuera de serie.

—¿Cuándo vas a dejar de poner copas?

Iván mira su reloj.

—En dos horas.

—No me refiero a hoy —se ríe Marco—. Sino en general, en tu

vida.

—Eso es más complicado saberlo. No depende de mí.

—Es posible —concede—. Pero así llevas, ¿cuánto, tres años?

—Por ahí, sí. Es lo que mejor se adapta a mis necesidades y me permite salir para adelante.

—Ya, visto así... No eres el único, así que imagino que esa es la explicación. ¿Sabes? A veces me da por saco que no me sirva una copa un auténtico barman, es decir, alguien que sea un profesional de esto, que sea su vida. No me malinterpretes, pero los actores lo que hacéis es fingir. Es vuestro trabajo. Vuestra virtud. Pero me canso de que todo a mi alrededor sea una ficción.

—Joe, macho, menuda reflexión para estas horas. Mejoraré mi estilo, si es a lo que te refieres.

—No, en absoluto. No me has entendido. O a lo mejor no me he sabido explicar. Paranoias mías, déjalo.

—Me hacen gracia tus pajas mentales.

Iván va a añadir algo más una vez que ha sacado el tema de la masturbación, pero no está preparado para una negativa.

—Lo que quería decir es que a ver si tienes suerte y empiezan a valorar tu talento y consigues encadenar curros como actor. Aunque solo sean secundarios.

—Es que más que eso seguro que no me dan.

Trata de reírse, pero le cuesta. Algunos compañeros de la escuela de interpretación han acariciado papeles de importancia, en teatro, series, musicales... Pero él nunca ha llegado a ese punto. Se consuela pensando que los premios a mejor actor de reparto a veces se lo llevan intérpretes con apenas cinco minutos de pantalla. Para lograr un protagonista no sabe cuánto debería rebajarse: ¿teatro aficionado? ¿microteatro? ¿función escolar?

Qué pereza pensar en su futuro. Pereza por culpa de su presente. Antaño sí que le dedicaba tiempo a imaginar cómo sería su carrera, qué escenarios pisaría, en qué alfombras rojas luciría esmoquin y en qué festivales acabaría roto de tanto firmar autógrafos.

—¿Tienes algo a la vista? —insiste Marco.

—Cosillas —admite a regañadientes—. Esta semana he tenido dos pruebas. Una para entrar en el reparto de una obra de teatro de Molière a la que el director quiere darle una vuelta completa para emparentarla con la actualidad. Es algo bastante arriesgado, por lo que deduje. O sea, que o la crítica lo aplaude o no la va a ir a ver ni el tato.

—No pinta mal.

—No. La compañía tiene su prestigio. Llevan unos años sacando cosas interesantes, así que a ver qué tal. Lo que no sé si es

bueno o no es que su idea es hacer después gira por toda España.

—¿Cómo va a ser eso malo?

Adora su ingenuidad. En su mundo de pintor al que le pagan una pasta por unos cuantos trazos de colorines no tienen cabida problemas como la angustia de llegar a final de mes.

—Me complicaría el curro aquí, por ejemplo.

—Ni que esto fuera tu sueño.

—Pero es lo que me mantiene a flote, guapo. En cualquier caso, es solo una posibilidad. Ya se verá. La otra prueba es para un corto. Otro más. Pienso que sí que me lo darán. Me pagarán dos duros, pero sería coprotagonista.

—¿De qué va?

—Trata de ser un estudio sobre lo que siente la gente cuando les deja su pareja. Son varias parejas. Heteros, gays, vieja con joven... De ese rollo. Para demostrar que los sentimientos no varían.

—Tú eres el hetero, ¿verdad?

—Claro que sí.

Echan unas risas a costa de la broma. Iván extiende el brazo y rodea el cuello de Marco, que parece una estatua griega con su espalda y un pie apoyados contra la barra. Maldice a esta, a la barra, por interponerse entre ellos. Si a Marco le da por erguirse hacia delante, Iván deberá buscar algo a lo que asirse para no acabar en el lado de los clientes. Pero permanece quieto. Eso le desanima de alargar el cuello para llevar sus labios a la piel de ese joven de melena rubia, bien parecido, de anchas espaldas proporcionadas por la genética, porque de las acuarelas no podía ser.

Comienza la hora punta e Iván no tiene otra que cumplir con su deber. Llegan clientes a los que conoce de vista, de salir de fiesta con ellos en otras épocas o de haberles servido su dosis alcohólica los últimos sábados. Uno hasta le llama por su apodo, Nano.

Rehuyó del sobrenombre familiar en cuanto se independizó. Nano porque era pequeño. Una evolución de 'enano'. Nada original.

Un tiempo después lo recuperó. Le otorgaba más personalidad. Le hacía parecer cercano. Nano estaba bien. Iván, también. Que cada uno elija.

Marco habla con tres chicos, de poco más de veinte años, aunque con meses de gimnasio. La camiseta de tirantes de uno de ellos evidencia unos pectorales de revista. Los otros dos tampoco tienen mala pinta. En un periquete se ha creado un póquer de adonis. Es entonces cuando Marco llama la atención de Nano y le anuncia que se retira.

—¿A casa? —se le escapa a Iván.

—Quizás, ya veremos. Estos dicen de ir a otro sitio. No sé. He tenido días mejores. Mañana me das un toque y miramos lo de los conciertos esos o quedamos a tomar un café o a fumar un poco. Lo que surja. ¿Te parece bien, mi querido joven Stalin?

Un escalofrío recorre su cuerpo. Responde que sí. Música, fumar, café... lo que salga. O lo que le apetezca a Marco, que es el que se marcha con aquel trío al que no ha visto nunca, quizás porque no frecuenta ni gimnasios ni saunas. Supone que en esos lugares están los que después se despelotan en las carrozas del Orgullo Gay y bailan y se contonean y ponen los dientes largos al resto.

Pero el escalofrío no es por lo que venga mañana. Joven Stalin. No es la primera vez que se lo llama Marco. Nadie más que él ha visto el parecido. Está por quitarse la barba de una semana que lleva. Pero también debería cortarse el pelo, su pelazo, uno de los atributos que más gusta a sus ligues. Raro es el que no alaba su cabello. Y él lo cuida con esmero. Champú para pelo liso de veinte pavos, mascarilla para nutrirlo, espray protector de calor, cera de marca *prime* y un cepillo cilíndrico para obtener el toque deseado. Podría cambiar el estilo, pero le gusta el volumen que le otorga. Le hace parecer más alto. Lo mismo es un tipo de complejo en el que nunca ha reparado, por aquello de que le llamaran enano cuando era pequeño.

Bueno, y qué narices, si Stalin era guapo, lo era y punto. Él no tenía la culpa. Seguro que no llevaba genes de ese asesino, porque había miles de kilómetros de por medio y no veía a sus abuelas acostándose con el dictador soviético. Además, que no habían salido de la Península. Portugal había sido lo más exótico que había conocido una. La otra, no sabe si llegó a visitar Lourdes, pero vamos, que no se despegó de los Pirineos.

Pero Stalin fue un asesino. Muy asesino. Más que Hitler. Es una comparación que le estremece.

Claro que, si es Marco quien lo dice, sabe que le permitirá repetirlo todas las veces que quiera. Que le llame joven Stalin hasta la saciedad. Que haga lo que le dé la gana. Le hace gracia cuando le pregunta por sus *castings*. Los de verdad. Porque si algún día acierta a hacer la pregunta correcta, él tiene preparada la respuesta: tú. ¿Tú?, es decir, ¿yo?, imagina que responderá Marco. Sí, tú, se reafirmará, tú eres mi *casting* más difícil.

REBECA

La música no deja escuchar nada. Retumban las paredes, las luces estroboscópicas paralizan durante unas décimas de segundo a la gente y luego todo el mundo regresa a sus bailes. La discoteca cambia de colores y lo mismo es un arcoiris poliédrico como adquiere una tonalidad rojiza y sobre el rótulo del local aparecen dos figuras demoníacas. Ella alza los brazos y bota. Está empezando a sudar, pero sigue saltando. Todo en ella se desplaza de abajo arriba. Sabe que no pasa desapercibida, que hay un par de grupos de chicos devorándola con la mirada. Isa, a su lado, le imita. Lo lleva haciendo desde que se conocieron, hace seis años, al empezar la carrera. Pero es fiel y tiene la manía de decirle lo que piensa, todo, a la cara y sin aparente filtro.

Por eso la quiere.

Por eso la odia.

Isa tiene novio o algo parecido. Más que un rollo, menos que una relación seria. Así que esta noche no tiene intención de liarse con nadie, lo que puede complicar las cosas a medida que avancen las horas.

De su cuerpo admira muchas cosas, pero sabe en qué se están fijando los mirones. No es en su dentadura blanca, que se la pagaron sus padres a cambio de que dejara de fumar. No le costó porque ni siquiera le gustaba el sabor del tabaco. Ni besar a un fumador. Imagina que los primeros cigarrillos llegaron por lo típico, para molar, para sentirse mayor, pero no lo recuerda con claridad. Que fue en el instituto, sí; eso lo sabe con la misma certeza que la de que sus pretendientes tampoco observan sus ojos morenos, ni sus piernas bien torneadas gracias al *fitness*, ni el

vientre plano que forja con tanto esfuerzo diario.

A Isa seguro que le miran el culo, que es lo mejor que tiene. Lleva escote, pero podría prescindir del sujetador. Así que luce un pantalón de cuero que parece que vaya a explotar.

Echa una ojeada hacia el centro de la pista, hacia la barra, hacia los sofás, hacia la zona de reservados.

Y lo ve.

—Tía, mira quién está ahí.

—¿Quién? —responde Isa bizqueando.

—Ahí, ahí —insiste Rebeca.

—Ya sé dónde dices, pero no veo bien.

—Tienes que cambiar de lentillas.

—Ya lo sé.

—Vamos para allá.

Rebeca no le da ninguna opción de oponerse y la lleva de la mano, sorteando mirones y mironas y algún borracho. Han caminado quince metros cuando se detienen junto a la puerta que da acceso a la zona destinada a los clientes VIP.

—Por favor, ¿podemos hacernos una foto contigo? Nos encanta tu música. Somos tus *fans* número uno.

El tipo mira a Rebeca a través de sus gafas de sol de cristal azul, desde los tacones hasta los ojos. Un par de veces. Se pasa la mano por la cabeza rapada al uno, se abre el cuello de la camisa y accede a la petición.

Una a cada lado. Él las agarra por la cintura con seguridad. Aunque quisieran no podrían caerse. Es Rebeca la que alarga el brazo para retratarse con su amiga y una de las sensaciones pop del momento, pero no le gusta el encuadre. Le grita a un joven con cara de buena persona que si le importa hacerles una fotografía, y el chico accede sin rechistar. Incluso se ruboriza cuando Rebeca se ajusta el pecho y gana más volumen. El flash salta tres veces y se despiden del cantante con un intercambio de besos en el que él aprovecha para ganar algo de roce.

Todos son igual de predecibles, piensa Rebeca, y sabe que Isa ha interpretado su mirada.

Es la historia de cada noche. La mayoría son simples, fáciles de entender, de descifrar, de contentar. Pero no todos. Lo malo es topar con la excepción, principal especialidad de Rebeca.

Encuentran un sillón libre y allá que van. Rien mientras repasan cómo han quedado las fotos. Bastante bien las tres. Y los tres. Resulta difícil decir quién posa mejor. Isa ve que la segunda instantánea tiene los ojos a medio abrir. Rebeca le da la razón. Eliminada.

La comparte en Instagram, pero antes aplica un filtro que convierte la fotografía en un artículo épico, casi de coleccionista, y etiqueta a Isa en primer lugar, para después citar a varias amigas más, la cuenta oficial del cantante y la de su club de fans. En unos segundos llegan los primeros corazones de los que han marcado que les gusta su publicación. Isa tarda un poco en cargar la aplicación y la suya es la octava muestra de aceptación.

Escribe un comentario: «Cómo agarraba». Rebeca responde con una sarta de emoticonos. Que los demás se imaginen lo que quieran.

Las dos siguen ensimismadas con sus teléfonos y Rebeca aprovecha para arrastrar la foto hasta uno de sus álbumes, el de 'Selfies famosos'. 53 imágenes. Y subiendo, piensa. Levanta la vista y no ve ninguna otra cara conocida, aunque no descarta que aparezca alguna más. Aún es pronto, las dos de la mañana.

Tiene fotos que ya quisieran otras. Con Mister España, con un presentador de televisión más guapo y fuerte al natural, con un torero de los que llenan los tendidos de mujeres, con varios futbolistas de varias nacionalidades, varias demarcaciones y varios equipos. Todas ellas obtenidas de fiesta. Para que luego digan que no se lo pasan bien, que tienen que cuidarse porque viven de su físico. De actores jóvenes tiene una docena en su colección. A dos de ellos aparece besándolos en la mejilla y otro es él quien le besa a ella. Con ese acabó liándose con unas copitas de champán de por medio, pero el chico iba de estrellita y a la media hora Rebeca se aburrió de que él no quisiera nada más. Le dio la sensación de que de alguna manera se había convertido en una especie de triunfo o como un Rolex que el chico quisiera mostrar a todos los que le rodeaban. Tenía fama de encandilar a las chicas e hizo una demostración. Pero besaba sin pasión, como si fingiera, como si actuara. Con ganas se quedó de preguntarle si así de sosos eran los besos en la ficción.

No siempre sube todos los retratos a las redes sociales. Hubo una vez, no hacía mucho, medio año quizás, que se encontró en un puerto deportivo con un famoso de la tele, de esos que viven del cuento, de proporcionar escándalos y llenar páginas de la prensa rosa. Llamó su atención para que bajara del yate, pero este le invitó a subir. Y allí que se plantó Rebeca a por su selfie. La fotografía quedó muy bien, porque se veía que estaban en un barco, con el Mediterráneo al fondo, y los dos salían sonrientes y naturales. Un posado perfecto. Pero el tipo se confundió de mujer. Le puso la mano en el culo, ella se la retiró con delicadeza, como para no ofenderle por el malentendido, y él, sobón, insistió y le soltó un par

de piropos que sonaron a grosería. Ella hizo amago de gritar, en medio de una marina llena de gente pija y refinada, y él la soltó.

La noche es joven. Le gusta esa frase, eslogan o lo que sea. Ella es joven, y guapa, y es de noche. No descarta que los astros se alineen.

Convince a Isa para cambiar de local. Eluden un par de discotecas donde les toca pagar y optan por hacer media hora de cola para entrar en un after de música indi. Cuando franquean la puerta, casi se sofocan con el calor que hace dentro. Está hasta los topes, cuesta desplazarse sin llevarse por delante alguna copa de las que la gente sostiene como puede.

Pasan de pedir nada porque la cola de la calle se ha replicado en torno a la barra. Así que bailan. Entre ellas. Apartando algún moscón. Siguen bailando. Cuatro, cinco, seis canciones. Sin parar, con los brazos bien arriba, sin tratar de pasar desapercibidas. Rechazan a varios chavales que se les aproximan. Sobre todo los espanta Isa. Rebeca va a su rebufo.

Hasta que aparece un morenazo de metro noventa. Roberto, le entiende decir. Hablan del grupo que suena en ese momento.

—¿Que si me gusta? Me encanta —dice Rebeca.

El joven no necesita más para redoblar esfuerzos y aproximarse a menos de un palmo. Un amigo suyo da palique a Isa. La conversación musical vira hacia lo que le gusta a Roberto: la sonrisa de Rebeca, sus ojazos, cómo baila.

Ella sabe que no es cierto. Que lo que le gusta es lo mismo que a todos los que se le han acercado esa noche. Pero el chico es mono, alto, de espaldas fuertes y le ha dicho que tiene un par de años más que ella. Además aprecia su descaro elegante. Cada día hay menos de esos.

El siguiente cuarto de hora, más o menos, lo pasan entrelazados, chocando sus lenguas. El chaval sabe a chicle de menta.

Separa los párpados y busca a Isa. Está a su lado, sola, sin el amigo de Roberto, con un botellín de agua en la mano. La conoce y sabe lo que significa la postura que mantiene y el gesto que no es capaz de borrar de su cara y que es el mejor repelente para la mayoría de los hombres, al menos de los que son capaces de interpretar lo que ven sus ojos.

Deja de liarse con Roberto y se acerca a su amiga.

—Me voy. Estoy cansada —dice Isa.

—Venga, un poco más.

El ruego no vale para nada. Lo ha intentado aunque sabía el resultado. Vuelve donde Roberto, que le coge de la mano, y le da un rápido beso en la boca.

—Me tengo que ir. Ya nos veremos —dice.

—¿Ya? Pero —Roberto mira su reloj— si aún es pronto. Y nos lo estamos pasando de puta madre.

—Eres un cielo. *Ciao*.

Enfilan la salida, acompañada por Isa en vez de por Roberto, justo lo contrario de lo que había imaginado diez minutos antes.

Es de día, escuchan el canto de los pájaros por encima del sonido de sus tacones. Están cerca de sus pisos. Viven a solo dos calles de diferencia, en plena zona de fiesta. En diez minutos a buen paso llegarán a sus respectivas camas. Pero Isa no opina así. Frena junto a un escaparate de una tienda de moda y se introduce como hacia la puerta, distanciándose de la acera. Rebeca le sigue.

—Rebe, cariño, esto no puede seguir así.

Isa no muestra dulzura en sus palabras y menos en su rostro.

—Tía, no te puedes liar con cualquiera, así como así.

—Solo era un rollo, nada más —responde harta de que cada vez con más frecuencia se repita la misma conversación.

—Pero mírate, eres un pibón. No necesitas hacerlo. Que ya no tenemos dieciséis años.

—Solo me apetecía.

—Pero no es esa la cuestión, y lo sabes. ¿Verdad, Rebe? Sabes a qué me refiero, ¿no?

—Ay, Isa, es tarde, estoy cansada, vámonos a dormir y mañana lo hablamos.

Mañana tampoco le apetecerá discutir sobre ello. Ya buscará otra excusa.

—No, no. Es que tiene que entrarte en la cabeza que no puedes enrollarte con cualquiera.

—Otra vez —resopla—. ¿Qué le pasaba a este?

—Vamos, no me digas que no has visto que el chaval tenía pinta de meterse de todo. —Rebeca pone los ojos en blanco. Isa sigue—: ¿Y sus amigos? El que se me ha acercado daba miedo, y eso que era el más «normal». No nos merecemos tíos así ni para un polvo. No llegaban al nivel del tío raro ese con el que te liaste aquel finde, pero...

—Eso fue un error —reconoce mansa para buscar un desenlace a la charla.

—Sí, claro que lo fue, Rebe. Ese tío sí que acojonaba. A saber en qué andaba metido. ¿Te hiciste pruebas de todo?

—Vámonos, Isa. Estoy reventada.

—Pero prométeme una cosa.

—¿Cuál?

Pregunta por seguirle el juego.

—Que dejarás de buscar a otro Miguel. Aquello acabó. Asúmelo.

—Lo asumo. Vámonos.

Regresan a la calle e Isa agarra del brazo a Rebeca. Caminan rápido un par de minutos hasta el portal de Rebeca. Isa echa miradas por encima del hombro.

—¿Qué pasa?

—Nada, que no me ha molado cómo nos ha mirado ese tío.

—Bueno, yo no lo veo. Se habrá ido por ahí.

—Ya. Es que tenía cara como de asesino de perros.

—¿De perros? —pregunta sorprendida Rebeca que hasta este momento nunca ha pensado qué es lo que ve en el espejo un maltratador de animales.

—Sí, lo del asesino ese del campo que se cargó primero al perro y luego al dueño.

—Ah, eso. ¿Se sabe algo?

—Ni idea. Imagino que no porque no he leído nada.

Se abrazan, se dan dos besos y se despiden.

Rebeca saluda a la portera y huele el olor de lo cotidiano. Siente el espacio al que está acostumbrada, la soledad del ascensor, su característico sonido diferente del de los demás ascensores del mundo, no necesita contar los segundos que tarda en llegar a su piso pero su cuerpo sabe, sin mirar la pantalla que va cambiando de números, en qué momento exacto tiene que detenerse.

Introduce la llave sin tantear la altura -otro gesto mecánico- y llega a la seguridad de su habitación. El sol empieza a asomar e ilumina el salón. Eso, no sabe por qué, le genera una sensación de nostalgia. Se acuerda de Miguel. Que no busque un nuevo Miguel le había dicho Isa. No era la primera vez que tenía que oírsele. Se quedaba con ganas de mandarla a paseo, pero mejor mantener una amiga fiel que arruinar eso por un triste rollo de madrugada.

Triste.

Enciende la cafetera, uno de los pocos electrodomésticos que les permiten introducir en la residencia. No tiene sueño. Ya no. Le suele suceder cuando regresa de día. El sonido del agua filtrándose a través de los granos de café molidos le eriza el vello. El olor le resulta familiar. Hogareño. Y Miguel vuelve a su mente. Se le nublan los ojos, planta las manos en la encimera, y deja que las lágrimas fluyan.

Piensa cómo será la próxima media hora: con las dos manos agarradas a una taza caliente humeante, mirará por la ventana cómo la ciudad cobra vida y los últimos rezagados abandonan su juerga, buscará una lista de canciones melódicas en Youtube y las

escuchará en su cama, en pijama.

Eso será cuando termine de preparar el café. De momento sigue llorando.